

Punto de vista

Hacen esta sección: **LIBROS:** Jorge Berlanga. **RITMO Y MELODIA:** Angel Casas. **TEATRO:** José Antonio Gabriel y Galán y Jaume Melendres.

TEATRO

Con Molière, a contraluz

La semana barcelonesa ha abundado en estrenos. Aparte de llegarnos «Cinco horas con Mario» (cuya crítica, aparecida con motivo de su estreno en Madrid, pueden encontrar en el núm. 1.626 de nuestra revista), las huestes de la Companyia «Adrià Gual» se instalaron en la Sala Villarroel para brindarnos la «Batalla de cambrà» de Martin Walser, con dirección de Kim Vilar y María Jesús Andany y Feliu Formosa en la interpretación: de esta obra les ofreceremos crítica la próxima semana. Por último, en el Lliure, Molière ha entrado por primera vez. No lo hace, como tampoco lo hizo Shakespeare, con uno de sus textos más famosos, pero también ahora vemos un espectáculo que convierte lo «menor» en miniatura, un texto de segunda en un placer de primera.

NO cabe duda alguna que Molière fue un autor didáctico (como en su época habían de serlo todos los dramaturgos si no querían que Aristóteles, a través de sus representantes en Francia, les infligiese un duro palo), pero se distinguió de sus colegas trágicos por su propósito de conseguir ese efecto a través de un género superficial y popular que seguimos llamando comedia. «George Dandin» (1) es tal vez la más didáctica de todas las piezas de Molière, no sólo por la elementalidad de los personajes que intervienen en ella, por la simplicidad de la trama, por la transparencia del lenguaje, por la ausencia de disquisiciones filosóficas que no pertenezcan al sentido común, sino —sobre todo— por este final tan al estilo, *avant la lettre* de Brecht: acaba mal para ejemplo de todos. La virtud (es decir, los intereses del personaje en el que el espectador deposita su ego) no triunfa; sus derechos no le son restituidos por la magia del dramaturgo; no hay castigo para los malvados, ni restablecimiento del orden que el público anhela. Aquí no hay amnistía: Dandin ha cometido un error garrafal (casarse con una dama noble) y ese error social— no

tiene enmienda posible. Angélica y sus padres triunfarán sobre Dandin no porque tengan razón, no porque les socorra la fuerza de las armas, sino porque poseen un instrumento en ocasiones mucho más poderoso: la palabra, la capacidad de tergiversar con ella la realidad.

«George Dandin» o el poder de lo ideológico sobre los hechos. La puesta en escena de Puigserver tiene como objetivo básico acentuar ese carácter didáctico del texto que, en manos de Molière, es menos evidente. Porque Puigserver ha diseñado los personajes hasta el límite de lo caricatural para decirnos quién es el bueno, quiénes son los malos. Ha tomado partido en la escena, en el mismo sentido que Molière, pero con más subrayados que Molière. «George Dandin» podría ser también una obra sobre la condición femenina, sometida a la tiranía de un marido estúpido. Es un espectáculo sobre la lucha de clases, donde la lucha de los sexos juega un papel preponderante. O sea, una obra antigua y contemporánea. Rabiosamente contemporánea.

PARA que se note más, Puigserver ha extraído del fondo de la comedia lo que



Retablo molieresco

«George Dandin» tiene de cuento infantil, de universal en el tiempo, y ello, además de corresponder a lo que hoy se llama «una lectura», da pie a un hermosísimo espectáculo, con un admirable tercer acto siluetado a contraluz: la luz más favorable para comprender el perfil del mundo.

Hoy otro hecho destacable en el espectáculo: el trabajo de recreación idiomática (no atribuible al traductor Alfons Maseras) sobre el personaje de Dandin. Lluís Homar, su extraordinario intérprete, no imita a los campesinos catalanes cuando habla. El suyo es un lenguaje artístico, es decir, ficticio: creado a partir de la realidad pero sin doblegarse sumisamente a ella. Ignoro si Puigserver y Homar han tenido en cuenta a Lukacs, pero su operación lingüística corresponde perfectamente a lo que el crítico alemán consideraba primordial en Diderot y en Balzac: la capacidad de conseguir unas formas de expresión verbales que sobrecorren constantemente los límites de lo cotidiano (del naturalismo verista) y, al mismo tiempo, permiten identificar sus contenidos sociales. Tal vez porque es en Homar en quien recae el peso de esa operación, su tra-

bajo sobresale del resto de unos actores y actrices que siguen manteniendo en alto el prestigio de un colectivo, tal es el peso de estos actores, que su trabajo permite a Puigserver infringir una de las normas más solventes del arte de la puesta en escena: aquella que aconseja no utilizar, bajo ningún concepto, animales vivos en un escenario, porque su presencia acapara la atención del público, en detrimento del personal humano. Las gallinas de Puigserver (el gallo hubo de ser despedido porque, impresionado por la aparición escenográfica de la luna, cantaba antes de tiempo), además de no comerse el buen trabajo de los actores, contribuyen a dar a este «Jordi Dandin» el carácter de cuento rural que tienen siempre los cuentos morales para niños y adultos.

Jaume Melendres

(1) «Jordi Dandin», de Molière. Estreno en Barcelona: Teatre Lliure, 5-III-80. Traducción: Alfons Maseras. Intérpretes: Lluís Homar, Imma Colomer, Just Martínez, Carlota Soldevila, Antoni Sevilla, Anna Lizarran, Lluís Julià. Espacio escénico, vestuario y dirección: Fabià Puigserver.